

—Blanca... Blanca Giudicelli... ¡La nodriza infame!... la que me robó los niños... ¡la querida de David Heimer!

El busto encorvado de la centenaria crujió al enderezarse de súbito.

Sus ojos brillaron. Sólo dijo estas palabras
—¡Era él!

Luego tomó el báculo que le había servido para sostenerse en su largo viaje á la corte y se dirigió á la puerta.

—¡Y yo! ¡y yo!—exclamó la condesa haciendo un esfuerzo para levantarse;—ese Spurzeim quiere matar á mis hijos, ¡quiere matarlos! Dios me lo ha revelado en sueños!

Berta volvió sobre sus pasos, y arrodillándose al lado de su señora, exclamó en alta voz:

—Viuda de Mario Monteleone, apoyaos en mi brazo... La fuerza que ahora tengo, no es mía; Jesucristo, hijo de María, me la presta. Quiero defenderos, vengaros y morir.

Tendió una mano á la condesa, y besando el rosario con la otra, continuó:

—Soy muy vieja... soy el castigo de Dios que marcha... Adonde vaya él, allí irá.

Y condujo á María de los Amalfi al patio.

Allí los criados de Johann quisieron impedirle el paso.

Pero la anciana sacó del bolsillo una cajita que contenía las monedas de oro dejadas por Coriolani á Julián y Celestina, y las desparramó por el suelo.

—¡El rey me espera!—dijo con singular autoridad.—Mis horas están contadas... ¡Ay, del que interponga entre el rey y yo!

XV.

Armas parlantes

Desarrollábase un espectáculo sorprendente que inspiraba terror.

El cielo, matizado de anchas tiras de colores vivísimos, presentaba uno de esos cuadros que los pintores no se atreven á imitar, temiendo la crítica imbécil del vulgo.

Porque el vulgo, al ver reproducida por el pincel ó la pluma una cosa que no ha visto, exclama siempre: «¡Esto no es verdad!»

Las nubes verdes, de color de violeta, de naranja, de sangre, confundían sus cintas simétricas. En el horizonte todo era fuego.

El sol descendía á su ocaso.

Frente del sol poniente se elevaba el gigante que sentó un día su pesada mano sobre Herculano y Pompeya, ciudades sepultadas, es decir, el Vesubio.

El Vesubio poseía su atmósfera propia y su estado meteórico que en nada se parecía al resto del cielo.

Consistía en un cúmulo de vapores pesados y opacos, elevados en espiral como los que salen de la boca de un cañón. Los contornos de estas nubes se coloreaban de plata ó púrpura, según recibían la luz de arriba ó abajo.

Destellos luminosos cruzaban incesantemente en diferentes direcciones esa masa de tinieblas cuyas profundidades se iluminaban extrañamente. Pero no se oía el retumbar del trueno.

Este se confundía con el estrépito del monte, que á manera de murmullo inmenso ó de voz poderosa parecía aturdir la ciudad.

El viento no soplabá.

La tierra se estremecía, como si la lava bullidora estuviese bajo los pies de los espectadores.

Estos eran numerosos.

Los cuatrocientos mil habitantes de Nápoles se hallaban dispersados en las campiñas vecinas, en las ciudades, en las islas, en la mar, por todas partes, pues el anfiteatro es espacioso en torno de semejantes tragedias.

Allí estaban aguardando la lava.

En el puerto las vergas de los buques se doblaban al peso de los marineros.

Y todo por una sensación, por una devoradora curiosidad.

Los resplandores volcánicos se hacían más intensos á medida que adelantaba la noche. Fulminantes rayos parecían pasar bajo el humo y proyectaban una luz brillante sobre la vertiente del monte que mira á Nápoles.

El resto del volcán se levantaba como una sombra.

Había sobre todo un lugar que parecía resplandecer con luz propia y casi sobrenatural. Esperábase que la erupción se verificaría por allá.

Todas las miradas se fijaban en aquel punto.

Era el espacio comprendido entre la llanura y las bocas de 1794, en la parte sur del monte, sobre las Camaldulas.

¡Cosa extraña! no se veía una criatura humana en toda la extensión del monte, sino en el lugar marcado por la última catástrofe.

Con anteojos se distinguía que allí se agitaban hombres. Y á medida que se enrojecían las bocas del volcán, el número de hombres aumentaba.

En el momento de la erupción, el viento se agitó. La masa de humo que se cernía sobre las bocas, empezó á oscilar, y viéronse distintamente las pie-

dras y peñas incandescentes lanzadas ya á gran altura.

Por todos lados se decía:—¡La lava va á reventar! ¡la lava va á reventar!

Entre los buques del puerto había uno en franquía: era el «Pausilippe» de Marsella. Empezaba su maniobra en los aparejos, retardada por la curiosidad de la tripulación.

El puente del «Pausilippe» estaba lleno de pasajeros.

Entre todos se distinguían dos por su buen aspecto y sus catalejos que dirigían constantemente al volcán. Deseamos que el lector domine su emoción al saber que estos dos pasajeros eran Peter-Paulos Brown (de Cheapside) y su esposa Penélope, escapados los dos sanos y salvos de los terribles peligros anejos á su excursión al monte.

En verdad no sin un profundo sentimiento pasamos en silencio la odisea de los dos esposos en la Italia del sur. Esto formaríá muchos volúmenes llenos de animación, desde la primera línea á la última, por el buen humor que los ingleses nunca tienen, pero que saben generalmente producir en los demás.

En esto se parecen á los bufones, naturalezas ordinariamente melancólicas, cuyo oficio es hacer reír.

Bástenos saber que los bandidos, después de haberse convencido de su error con motivo del famoso diamante «pundjaub», habían dado libertad á Peter-Paulos, Penélope, Melicerta, Jack y sus sesenta bultos.

El odio de Penélope á «ese oficiade», el gran coronel San Severo, se revelaba por algunas amargas palabras; pero en lo demás había quedado satisfecha de los bandidos por haberse mostrado suficientemente «shocking».

Guardó en su corazón enternecido los nombres

de cinco ó seis picarillos, atrevidos con las señoras.

En cuanto á Peter-Paulos había visto cosas que dejaban muy atrás las de la historia horrible de Kedéveur.

Hasta el fin de sus ideas hinchó sus narices y mejillas al contar á los miembros del «Cotton's »and international club» sus prodigiosas aventuras en las cavernas de la Italia del sur.

El otro Brown (en Inglaterra hay 122,000 Browns), el verdadero poseedor del diamante «pundjaub,» logró vender una imitación al rey de Dinamarca, pero el original lo puso á disposición de su muy amada soberana la reina Victoria I, mediante doscientas mil libras esterlinas. En alguna parte debe ser «alderman».

Peter-Paulos, antes de dejar ese «destebelo pafse,» habría deseado ver la destrucción por la lava de alguna localidad importante; pero de nada le valió su título de súbdito inglés para que el capitán del «Pausilippe» dejase de levar anclas durante la marea.

El paquebot había salido del puerto con buena brisa.

La obscuridad aumentaba.

El volcán, llama inmensa, cada vez más brillante, iluminaba sólo las tinieblas, pues el sol había desaparecido.

Ya es tiempo que digamos al lector quiénes eran esas sombras humanas que aparecían en medio del flanco luminoso del monte, excitando una curiosidad tal entre los innumerables espectadores, como la misma erupción.

Johann Spurzeim había sido bien servido por su nuevo teniente Aurelio Caffarelli. Este, hombre de corte, presentóse sucesivamente en el palacio Doria y en el de Coriolani, morada del joven conde Julián.

A Loredano le dijo:—El conde Julián ha ocultado vuestra hermana en una quinta situada en el camino de Pórtici, más allá de las Camaldulas.

Y había repetido textualmente las mismas palabras á Julián, mudando solamente el nombre del raptor.

De modo que para Julián el conde Loredano había robado y secuestrado á Celestina.

El lector no debe haber olvidado que Loredano y Julián estaban vigilados en sus respectivas casas por la policía particular del rey.

Era indispensable obviar este obstáculo, y hacer que los dos adversarios tuviesen armas.

Caffarelli proporcionó á los dos, que no sabían cómo pagarle su celo, dos uniformes de oficiales de la guardia.

Los dos condes lograron abandonar su palacio poco más ó menos á la misma hora. Loredano salió de la ciudad por la Marinella y Julián por la puerta de Capua. Ambos llevaron su caballo al galope un buen cuarto de hora sin encontrarse.

Julián echó pie á tierra el primero, cruzando los campos y jardines más cercanos al Vesubio.

Su caballo, azorado, no quiso adelantar más, luego que el viento le dió en las narices el humo cálido del volcán.

Loredano pudo llegar á caballo hasta tras las Camaldulas.

En las campiñas vecinas no había un alma.

Desde la víspera quedaron abandonadas todas las casas situadas en la vertiente meridional del monte.

El crepúsculo empezaba á desaparecer, cuando Julián, que no conocía la campiña de Nápoles, empezó á buscar su camino á través de verdaderos desiertos.

La amenaza evidente del volcán le impedía dirigirse á la izquierda. A la derecha se veían multi-

tud de senderos que se entremezclaban unos con otros hasta lo infinito.

Hallábase perplejo, cuando la casualidad le hizo distinguir una especie de escolta que cruzaba los hermosos bosques de limoneros que cercaban la quinta del Santo Angel, antes de la erupción de 1823.

El cortejo se componía de una silla portátil cerrada, y de cuatro criados que parecía no llevaban armas.

Julián llamó y preguntó por el camino de la quinta designada por Aurelio Caffarelli.

Los criados guardaron silencio, pero salió una voz de la silla que le dijo:

—Tomad la derecha y seguid al caballero que va delante. Julián echó á correr.

El caballero en cuestión vestía el uniforme de teniente de la guardia.

Julián había sin duda olvidado que él mismo llevaba un uniforme exactamente igual.

Luego que hubo partido, la voz que salía de la silla, dijo á los que la llevaban:

—Adelantad todo lo posible sin salir del bosque.

Los que habían conversado, siquiera una vez con el señor Juan Spurzeim guarecido tras las paredes de su famoso «confesonario,» le hubieran conocido sin vacilar.

Al ruido de los pasos de Julián, que corría, el caballero se volvió.

En aquel momento era ya de noche, pero el volcán alumbraba la obscuridad.

Julián y el caballero lanzaron á la vez un grito.

—¡Miserable!—exclamó Julián tirando de la espada como si toda su vida no hubiese hecho otra cosa.

Johann le había juzgado á las mil maravillas.

Loredano respondió desenvainando también la espada y sonriendo con amargura

—¡Sin duda no esperabais encontrarme aquí!

Y arremetieron espada en mano uno contra otro. Loredano, cumplido caballero, no ignoraba los secretos de la esgrima; Julián, al contrario, era novicio; pero uno de esos novicios, corazón y garra de león, que matan á los espadachines.

Desde el primer encuentro pasó por debajo la espada de Loredano y le derribó de un golpe de guarnición, pues la punta no había dado en el cuerpo. Luego dejó que Loredano se levantase.

En el bosquecillo, Johann decía á uno de sus pretendidos criados:

—Acordaos, señor Aurelio, que deben quedar allí «uno.»

Loredano se levantó medio aturdido.

Sólo esta circunstancia podía prolongar una lucha á todas luces desigual.

Doria se puso otra vez en guardia murmurando:

—Caballero, os doy las gracias.

Y las dos espadas se cruzaron de nuevo

Julián continuaba batiéndose con impetuosidad. Loredano se mantenía en la defensiva: paraba los golpes perdiendo terreno. Notábase en él cierta vacilación.

Para ello concurrían muchas cosas: primero su generosidad natural, pues de una ojeada había conocido la inexperiencia de aquel joven que acababa de perdonarle la vida, y luego porque á los resplandores que el cráter despedía había distinguido muchas sombras á orillas de los bosquecillos de limoneros.

Parecían hombres apostados, y esto era muy extraño en tal lugar y de noche.

En fin, sobre la pendiente que formaba el camino de Portici, veía desde algunos segundos una carreta que se adelantaba tirada por dos bueyes.

Estos animales iban avanzando con paso lento y pesado. De tiempo en tiempo se detenían es-

tremeciéndose. Pero bastaba tocarlos con el aguijón para proseguir su marcha, porque la pantalla puesta delante de sus ojos les impedía ver el volcán.

Sobre la carreta iban dos mujeres: una de ellas, llegada á los últimos límites de la edad, estaba sentada y tenía en su mano un gran báculo como un cetro. La otra, desgredada y pálida, arrodillada en la parte delantera de la carreta, tendía los brazos hacia delante.

Adivinábase que gritaba.

Este grupo, dando frente al foco luminoso, aparecía iluminado como en medio del día...

De súbito oyóse un gran ruido y una inmensa haz de llamas se lanzó fuera del cráter.

A lo lejos Nápoles, las colinas, el mar y las islas parecieron surgir bruscamente de en medio de las sombras.

En seguida, después de una lluvia de fuego, volvió á obscurecer la atmósfera una nube de negras cenizas.

A lo lejos, los espectadores de ese prodigioso incendio se santiguaban y repetían:

—¡La lava va á reventar!

Las campanas de los campanarios vecinos tocaban á muertos.

Los más incrédulos dirigían su plegaria á Dios.

Johann Spurzeim dijo á Caffarelli:

—Esta es la ocasión. El momento ha llegado...

Angélica y la fortuna, ó mi venganza, que es la miseria y la muerte.

Caffarelli estaba con la cabeza baja.

Johann levantó la cortina de su silla y le presentó un objeto parecido á una muleta.

Caffarelli tomó el objeto y enjugó su frente bañada en sudor. Johann prosiguió:

—Inmediatamente que Julián de Monteleone caiga bajo la espada de Doria, apuntad al corazón de éste... y seréis un gran señor.

Aurelio se deslizó hasta los últimos árboles del bosquecillo. El combate continuaba.

La carreta adelantaba, pero aun no se podían oír los gritos de la pobre mujer arrodillada.

El espantoso estrépito del volcán aumentaba cada vez más.

Cuando se hubo disipado la nube de ceniza, Johann y los que estaban en el bosquecillo pudieron ver que la sangre de Loredano Doria corría por dos heridas.

Esto le había hecho entrar en cólera y empezaba á estrechar á Monteleone, cuyo puño inhábil se cansaba.

Pero de repente las miradas de Johann y sus compañeros se fijaron en un espectáculo inesperado.

Un largo chorro de fuego abrió la vertiente sudoeste del monte en dirección á Torre del Mauro.

A estos resplandores nuevos y más vivos apareció una cabalgata verdaderamente fantástica.

Marchaba delante, ó más bien devoraba el espacio, un hombre envuelto en una capa carmesí que flotaba á merced del viento.

Parecía el genio fulgurante del inmenso incendio.

Corría, volaba inclinado sobre el cuello de su caballo, que parecía de fuego.

Tras de él seguían otros caballeros. El más cercano era de pequeña talla y parecía una mujer.

—¡Tira, Aurelio! ¡tira!—exclamó.

Pero su voz se ahogaba con el ruido.

Julián perdía terreno á su vez y se acercaba al bosquecillo por la parte donde Aurelio estaba emboscado.

La carreta se detuvo y los bueyes se encabrieron.

Un espantoso crujido había abierto el monte. La boca del cráter vomitó en seguida una masa

de fuego mucho más considerable que la primera.

En los alrededores salió un mismo grito de ochocientos mil pechos. —¡La lava! ¡la lava!

Era en efecto la lava que se desbordaba.

Durante un minuto la nube de cenizas que sigue siempre á cada una de esas grandes convulsiones cubrió la escena como de un velo espeso.

Todo desapareció: los combatientes, los hombres del bosquecillo, la carreta tirada por bueyes y la cabalgata que venía por la torre del Mauro.

Un soplo de viento desalojó la nube, y cada detalle del drama se mostró de nuevo anegado en luz.

El carro estaba cerca; la mujer desgrefñada bajaba de él gritando:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Julián de Monteleone, empuñando la espada con toda su fuerza se arrojaba sobre Loredano, que le aguardaba con la punta de la suya dirigida al corazón.

Caffarelli apuntaba, apoyando su carabina de viento en el tronco de un árbol para mejor asegurar el golpe. El momento era crítico.

¿Habéis visto nunca caer el rayo?

El caballero de la capa color de púrpura salió de la nube.

Sus sangrientas espuelas se hincaron otra vez en los flancos de su caballo, el cual dió un brinco y cayó.

El caballero, cogiéndose de la silla en el acto de la caída, se encontró de pie por medio de un movimiento rápido, y precipitóse hacia delante en el momento en que Julián y Loredano se arrojaban uno contra otro.

Las dos espadas le atravesaron á la vez el pecho. Pero no cayó.

El viento, echando atrás su sombrero, había des-

cubierto el noble rostro del príncipe Fulvio Coriolani.

—Madre mía—dijo á la mujer desgrefñada que se le acercaba sollozando;—se me había puesto en el brazo, en otro tiempo, el escudo de Monteleone... ahora le tengo en el pecho: ¿le reconocéis?

Julián y Loredano retrocedieron estupefactos.

Las dos espadas quedaron clavadas como una aspa en su corazón: ¡armas fúnebres y parlantes!

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡hijo mío!...—exclamó por tres veces María de los Amalfi.

Fulvio se tambaleó.

Fiamma le sostuvo en sus brazos. Fiamma era el caballero que le seguía tan de cerca en el camino. Tras de ella venía Cucuzone y Ruggieri.

El marino y el saltarello se habían lanzado al bosquecillo y hecho saltar de un pistoletazo la tapa de los sesos á Caffarelli.

En seguida Cucuzone y Ruggieri se dirigieron á la silla donde estaba Johann y le llevaron al lugar de la catástrofe.

Entretanto la lava rebosaba del prodigioso incendio del cráter, de donde se elevaba ahora una alta y espesa columna de fuego que parecía sostener la bóveda de humo bronceado y sangriento.

La lava corría de los bordes del agujero que había abierto, primero incandescente, luego roja, en seguida negruzca, y rebosaba lentamente, incendiándolo todo á su paso.

Cuando su ola hirviente llegaba al pie de un árbol, la corteza se rajaba, las hojas se encogían y doblaban, el árbol caía.

Por donde pasa la lava no queda nada en pie.

A lo lejos, en las colinas del contorno, en las azoteas de la ciudad, en las vergas de los buques que el mar azotaba, porque el huracán arreciaba

otra vez en el golfo, todos los espectadores se decían:

—¿Qué hacen aquellos desgraciados tan cerca de la muerte?... ¡Aun tendrían tiempo de huir!

De los montes más próximos se distinguía perfectamente, en medio de aquel centro iluminado, el hombre vestido de color de púrpura. Los otros se arrodillaban ahora á su alrededor.

La pobre madre decía siempre ahogada por los sollozos:—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡hijo mío!

Loredano estaba de rodillas, Angélica también con los ojos bajos y el corazón desfallecido; Julián y Celestina lloraban en la misma posición.

Porporato dijo:

—¡Orad por mí, madre mía, noble mártir! ¡orad por mí, Loredano, en otro tiempo amigo mío, y vos, Angélica, á quien tanto he amado!... ¡Orad por mí, Celestina y Julián, hermanos míos!... ¡He pecado, pero muero como debe morir un Monteleone!

María de los Amalfi llegó hasta él y se abrazó á sus rodillas.

Porporato se inclinó y depuso un beso en su frente.

—No puedo rodearos con mis brazos, madre mía —repuso,—pues mis manos contienen la sangre que es mi vida.

Luego, levantando la cabeza, añadió:

—¡Loredano Doria, os concedo la mano de mi hermana; que sea feliz!... Angélica Doria, os suplico que toméis por esposo á mi hermano Julián.

Su voz tembló, pero aun pudo añadir:

—Antes de cerrar los ojos para siempre, dejadme ver vuestras manos enlazadas.

Obedecieronle, formándose las dos parejas.

La pobre madre murmuraba:

—¡No morirás! ¡no, no morirás!

Porporato sonrió tristemente.

—Un Monteleone no debe sufrir al cadalso, madre mía—respondió;—aquel cuya vida fué una tempestad, morirá herido por el rayo... Loredano y Angélica, mi hermano y hermana, os llevarán nombres que la vergüenza no ha manchado

—¡Vivid! ¡conde!—murmuró Loredano.

—¡Vivid, oh, vivid!...—replicó Angélica.

Porporato volvió la cabeza hacia la lava, que avanzaba.

—Aun tenemos cinco minutos—murmuró

Luego, dirigiéndose á Cucuzone y á Ruggieri, que guardaban á Johann Spurzeim, les dijo:

—¡Soldad á ese desgraciado!

Ellos obedecieron; Johann se prosternó.

—En la hora de la muerte se oye la voz de los santos—continuó Porporato alzando sus ojos al cielo.—Mi padre, que es un santo á los pies de Dios, me habla. Mi padre no quiere ser vengado... ¡Johann Spurzeim, la mano del Altísimo te dará el merecido castigo!

El cadáver viviente inclinó su cabeza hasta el polvo, pero en sus labios crispados vagaba una sonrisa. Johann se decía:

—¡Nada puede contra mí!... ¡les enterraré á todos! Porporato volvió á mirar hacia atrás.

—¡Huid todos!—gritó con voz imperiosa.

—¡Dejaros aquí, conde!—objetó Loredano.

—¡Salvad á mi hermana!—continuó Porporato;—Julián, salva á tu Angélica... la muerte está á un minuto de vosotros... ¡Salvad á mi madre!—añadió dirigiéndose á Ruggieri y Cucuzone.

—¿Y yo?—refunfuñó Johann Spurzeim.

Su voz se ahogó en su garganta.

La mano de Dios no se hizo aguardar. La anciana Berta Giudicelli se había deslizado fuera de la carreta, y arrastrándose silenciosamente hacia Johann Spurzeim, anudó sus manos alrededor de su cuello como un collar, hasta dejarle comple-

tamente estrangulado. Su cuerpo quedó rígido tras la última convulsión.

La anciana se dejó caer á su lado pronunciando el nombre de su nieta Blanca.

La lava avanzaba hacia Porporato y Fiamma.

—¡Huye!—le dijo él;—¡huye! ¡aun es tiempo!

Ella le estrechó en sus brazos é inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de Coriolani. Su rostro resplandecía de gozo, orgullo y tranquilidad.

—Me habías robado tu vida—murmuró ella,—pero tu muerte es para mí... ¡ya soy feliz!

Porporato apoyó sus labios sobre su frente y le dijo: —¡Te amo!

Los fugitivos se detuvieron en la cima de una colina, al otro lado del camino del Pórtici.

La lava ya no podía alcanzarles.

Desde allí contemplaron un cuadro espantoso y espléndido, el cuadro de la muerte radiante como una apoteosis.

Ambos aparecían tan admirablemente jóvenes y bellos, que ya el espíritu los veía volar fuera de las regiones de la tierra. Los dos sonreían.

Una aureola de fuego brillaba en torno de sus cabelleras confundidas.

El volcán derramaba á su alrededor una lluvia de oro como una gloria...

La corriente de la lava pasó. De sus cuerpos sumergidos sólo se levantó un poco de humo...

FIN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

INDICE

TERCERA PARTE

EL PRÍNCIPE CORIOLANI Ó LOS AMORES DE ANGÉLICA

	<i>Páginas</i>
I.—El coronel San Severo.	5
II.—A través de la fiesta.	11
III.—La gruta del Endymion.	20
IV.—Otra manera de amar.	32
V.—Los cien mil ducados de Peter-Paulos.	43
VI.—El marqués de Malatesta.	47
VII.—El guante de Loredano Doria.	56
VIII.—El rey de día y el rey de noche.	71

CUARTA PARTE

MARÍA DE LOS AMALFI

I.—Djabel el gran Escorpión.	87
II.—El libro del porvenir.	103
III.—Berta Giudicelli.	113
IV.—El despertar.	125
V.—La separación.	135
VI.—¡Pobre madre!	140